

NECROLOGIA.

Elogio y semblanza del académico Sr. Dr. D. Tobías Núñez, pronunciados por el Dr. Gonzalo Castañeda al ocupar la vacante que motivó su muerte.

Señor Presidente,

Señores Académicos:

Al ocupar por primera vez el sillón académico que el voto de Uds. me concedió, es mi deseo, es un deber dirigir un saludo entusiasta y cordial a todos los miembros de tan ilustre Cuerpo.

T. VII. 35.

Juzgo también muy lógico y natural, como sabiamente lo prescribe el Reglamento, que al tomar posesión de esta sede, mis primeras palabras, después de rendir mis homenajes a la H. Academia, sean para hablar en elogio de mi ilustre y digno predecesor el Dr. D. Tobías Núñez, que mis primeras ideas sean para pensar en ese hombre compañero de labor, que oculto y silencioso yace en el seno de la muerte; muy justo que mis primeras impresiones se traduzcan en cara remembranza al que mudo ya, no compartirá más en la benemérita obra, pero cuyo nombre vivirá escrito en los anales de la Academia.

Nunca el verbo humano cumple mejor su hermosa misión de transmitir el pensamiento, que cuando sus ondas dilatándose sin fin traspasan la vida y van a hablar al eterno ausente, al que fué y que ya en perenne reposo descansa de las luchas y zozobras de la existencia, nunca el sentimiento es más limpio noble y levantado que cuando en effluvios de amor hiende las sombras de esa noche sin amanecer donde moran los muertos, que es la eternidad. Troquemos en capilla ardiente este augusto recinto, evoquemos con unción la memoria del académico ido y llamémosle para que acuda en espíritu y reciba nuestro ósculo de paz, mirémoslo presente y vivo aquí en la austera mansión que nuestro culto convierte en templo, mirémoslo officiar en el mismo altar donde en otros días elevó su prez a la diosa del saber. En estos momentos para mí solemnes en que se consuma una transición histórica en la vida interna de esta honorable Corporación, os convoco a cumplir con la liturgia que pide la religión de la confraternidad humana, ceremonia fácil al corazón porque el culto a los muertos es atributo de la naturaleza del hombre y porque ese homenaje póstumo es intenso cuando se dedica a un ser que con nosotros muy de cerca compartió la vida.

No vengo a entonar una elegía, no quiero acompañar mis palabras con triste acento, ni pronunciar notas melancólicas de funeral, quiero que mi humilde oración sea un cántico, quiero que en los instantes en que voy a sucederle surja redivivo, que resucite a nuestros cariños y que en apoteosis aquilatemos sus méritos, ensalcemos sus virtudes, porque a ello fué digno el Dr. Núñez, mi caro maestro y predecesor. Mientras su puesto se mantuvo vacante y silencioso, con la fantasía, con el recuerdo

se le miró aquí, parecía compartir aún en vuestras deliberaciones, pero en esta sesión y en esta noche en que vengo a sentarme en el sitio donde palpité su vida, es noble protestar a su memoria veneranda que su nombre no ha sido sustituido y que su ánima inmortal, tangible y sutil flotará aquí en vuelo perdurable.

Hacer su encomio y laudatoria, fijar su semblanza, retrotraer los pasajes culminantes de su fructuosa carrera es tema que condensaré en frases breves. Señores, el hombre es inconcusamente idólatra, pero no adora al fetiche como el africano supersticioso sino a la idea que simboliza o encarna un ente de la humanidad; sonrío al soldado victorioso, el fuerte lo subyuga, porque la fuerza todo lo domina y avasalla y al sapiente mira hacia las nubes porque de él recibe vida y luz, porque es como el límpido manantial que brota en la montaña y baja en torrentes a fecundar el valle; pero nada hay que rinda más la soberbia, que más doblegue el orgullo, que mejor abata la altivez que las virtudes excelsas, porque ellas hermocean y engrandecen al hombre: ni el talento, ni el poder, ni la fortuna rinden con tan mágico y poderoso influjo. Dentro de esta verdad mucho hay que admirar y respetar en la personalidad del Dr. Núñez porque fué un hombre virtuoso y bueno, no le conocí rencores, ni pasiones innobles; en el hospital, en la cátedra, en la Academia, en la vida privada y social, militó laborioso, cumplió con honra y bajó al sepulcro limpio de toda mancha.

Descendiente de un hombre histórico que colaboró en época memorable en el Gobierno de la República, miembro de una familia acariciada por el abolengo y la fortuna, con blasones de aristócrata, miró no obstante el oropel social con legítimo desdén y despreciando la vida muelle e infecunda del rico, con ahinco y tezhón estudió, trabajó e impartió el bien, esgrimiendo las armas de su tiempo cumplió su misión apostólica dentro del deber y luchó como bueno en la dura brega de la profesión médica. Perteneció a una época de renovación de principios, de revolución científica, a ese tiempo en que nuevas ideas y descubrimientos demolían antiguos errores, le tocó desenvolverse en un lapso de transición en que se necesitaba para evolucionar arrancar del intelecto viejas concepciones y del espíritu viejos dogmas para rehacerse y reformar la educación y personalidad

científica; magna empresa psicológica cuya solución requiere temple de carácter, voluntad poderosa y una perseverancia y propósito inmensos; transformar el yo, cuando el molde físico y moral está fundido, desviar los instintos, hábitos y facultades cuando desplegadas han tomado ya raudo vuelo, es arduo y colosal. Sus prácticas, sus enseñanzas, sus convicciones fueron las mismas que profesaron las celebridades y eminencias de su tiempo. Conquistó su título, obtuvo la cátedra, adquirió el distintivo académico subiendo la misma gloriosa escala que sus contemporáneos, a fuer de estudio y aplicación, constancia y mérito.

En el hospital, en ese ámbito impregnado de dolor y desesperación, allí donde yacen los vencidos, donde el enfermo con voz lastimosa clama ayuda y favor, Núñez acudió día a día, y en su cotidiana labor brindó el bálsamo de la caridad; no iba en pos del haber y el pan, lo impulsaba su sangre, su convicción, lo animaba el amor al saber. No buscaba popularidad adulando a sus discípulos, pero los amaba y distinguía; yo lo ví enternecido y conmoverse sinceramente al referirle la desgracia de un alumno compañero; su alma era recta, su corazón era bueno; una ocasión su carruaje atropelló a una criatura, lo ví apenarse de veras, lo ví que solícito bajó, consoló al niño herido, lo llevó con él, lo curó, lo auxilió y no lo olvidó en su protección; al recordar aquel hecho me siento honrado en ser aquí su humilde sucesor.

Su biografía académica está en las Gacetas, sus trabajos están allí expuestos y comentados mejor de lo que yo pudiera cumplirlo, ese libro tan modesto como luminoso guarda escrito su pensamiento, como guarda también la esencia de lo más grande y selecto de la intelectualidad médica de México que floreciera en medio siglo; sus páginas hablan traduciendo las lucubraciones y desvelos de una pléyade de obreros de la ciencia, ellas dicen cómo el Señor Núñez colaboró en la obra humanitaria y patriótica de esta ilustre Asociación, pues también trajo su óbolo, su arena para ese monumento que la Academia levanta a la medicina nacional.

Si no tuviera otros motivos de alabanza, bastaría considerar que fué médico, para que el idioma nos ofreciera vocablos dulces y tiernos con que ensalzar su memoria, porque encómio merece quien pasa los años cavilando y sufriendo por calmar las

penas y salvar la vida, la frase más elocuente no alcanza a donde llega quien cayendo o tropezando busca la verdad en aras del dolor ageno.

Señores Académicos, antes de seguir laborando, dedicad un cariño, un recuerdo fraternal al digno compañero que adelantó la partida; antes que la mente vuele más allá en los dominios de la ciencia, que piense con poderoso anhelo en el profesor y colega que dejó su sitial académico orlado con la estela luminosa de la bondad y el honor.

DR. GONZALO CASTAÑEDA.

México, Junio 14 de 1911.